

EL HUERTO DE MI PADRE

El huerto está encendido
de olivos y de rosas.
La higuera luce la hermosura
que la habita, y el níspero en sazón
pende del cielo azul y huele.
Hay parras y ciruelos,
y pájaros que cantan y rompen el silencio
de una tarde de luz.

Mi padre está ocupado en antiguos afanes
y es el alma del huerto que hoy esplende
colmado de sus frutos y sus flores.
Acaricia los árboles
como a hijos y mira, con ternura indecible,
el verde delicado
que esparce su fulgor sobre las hojas.
Sus ojos reconocen, de cuanto brota, el nombre,
y si su mano escarba entre la hierba
por dirigir hacia lo alto el talle de las plantas,
se confunde su piel y es tierra todo,
y en el sutil contacto prende el fuego
en las hondas raíces que nacen de sus pies
con ventura asombrosa.

Pero ay, vendrá un día
en que el alma de mi padre
ofrende al cielo cuanto supo,
y la sabia del huerto,
que anida en él, secreta y jubilosa,
se mustie para siempre
porque ya no habrá luz al faltarle su amo.
Y a la sombra del tiempo
no hallará la memoria árbol ni flor
capaz de redimirlo.

Y el naranjo oloroso,
la palmera, los pájaros que, entonces,
habiten, silenciosos, la aflicción
de una tarde que auguran mis palabras,
todo se abismará
en la hondura que es este poema
porque, ya sin mi padre,
nada podrá brindarnos su misterio.
Y el huerto que hoy alumbra, entonces huérfano
–aunque a mis ojos siga ofrendando cosechas–,
al principio será vergel venido a menos,
luego tierra baldía, estéril páramo,
para al fin ser desierto
donde enterrar la ausencia del mañana.

Ginés Aniorte
de *Cuanto quise decir*
Renacimiento, 2004